

MARÍA, MADRE Y SIERVA

Los evangelios de la infancia son el lugar privilegiado del anuncio sobre María, sobre todo en Lucas. Pero el relato de la anunciación es considerado como la summa de todo lo que dice de ella la revelación. La Virgen no es una figura que haya que aislar para poner mejor de relieve sus prerrogativas; tiene que verse en el misterio de Cristo y de la iglesia, en donde asume su valor personal y su función comunitaria. Por esto una teología de los privilegios marianos no consigue muchas veces evitar cierto empobrecimiento de la figura de María. El Vat II no podía encontrar mejores expresiones cuando exhortaba a los teólogos y a los predicadores a evitar toda forma de minimalismo o de maximalismo a la hora de ilustrar "rectamente las tareas y los privilegios de la Virgen, que tienen siempre como finalidad a Cristo, origen de toda verdad, santidad y devoción" ("...manera et privilegia Beatae Virginis, quae semper Christum spectant...": LG 67). En esta perspectiva, el misterio de la anunciación, en la reforma litúrgica que ha nacido del concilio, ha vuelto a tener su denominación: Anunciación del Señor. Recojamos los datos de una verdadera teología bíblica. María es grande porque se vio asociada, como ninguna otra persona, al misterio del Dios de las misericordias. Fue invitada a la alegría mesiánica como verdadera hija de Sión, es objeto del favor de Dios porque ha sido elegida desde siempre (cf Ef 1,4) para ser madre del Verbo. Su mismo ser está puesto en relación con otro: ella es con todo su ser la madre de Jesús. Puede llegar a ser madre porque "ha encontrado gracia ante Dios" (Lc 1,30). Al dibujar el rostro interior de María, Dios no puede hacer otra cosa que revelarse a sí mismo y

su plan de gracia. La economía del AT había tenido una verdadera función salvífica, las promesas hechas a Abrahán, a David y a su descendencia habían representado el camino de aquel "que es, que era, que ha de venir" (Ap 1,8). María está en el vértice del AT, cuando las promesas se convierten en cumplimiento. En ella está la permanencia del resto de Israel, la fuerza de los anawim, que se convierten en el lugar privilegiado de la manifestación de Yavé; el Dios-con-nosotros (Is 7,14) ha podido ser visto, escuchado, palpado con nuestras manos (IJn 1,1) porque ante todo se hizo el Dios encarnado en ella.

La grandeza de la persona humana, asumida en el plan de Dios, sobrepasa con mucho cualquiera de nuestras perspectivas. Hay una persona que ha sido escogida y preparada para ser tabernáculo escatológico del Dios presente entre los hombres, puesta constantemente bajo la sombra del Altísimo. Ella ha sido llamada a la colaboración más alta, con todo su ser. El Verbo se hizo carne cuando ella, impulsada por la luz y por la fuerza del Espíritu, se ofreció con plena disponibilidad a la palabra y a los designios de Dios. También María es parte eminente del plan salvífico que Dios nos propone aceptar en la fe. Todo esto tiene un gran valor incluso en el plano ecuménico, ya que sobre esta base es posible un encuentro y un camino ulterior. Efectivamente, para las iglesias reformadas el papel y la misión de María parecen estar en contraste con la unicidad del único mediador entre los hombres y Dios, Jesucristo (ITim 2,5-6). Pero hemos de tener siempre presente que los dones y las llamadas de Dios son de siempre y para siempre. Es propio de la inagotable mediación de Cristo suscitar otras mediaciones subordinadas. María, como dice el Vat II, no oscurece ni disminuye en nada la única mediación de Cristo, sino que muestra su eficacia (LG 60). Hay un anuncio a la Virgen para la maternidad de Cristo, primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29), que contiene también el anuncio de un papel efectivo

maternal para
con los hermanos de Jesús, aquellos que acogen su palabra (Mc 3,35; Lc 11,27-28;
LG 6 1
.62).

M/FE-PROGRESO: Finalmente, se puede subrayar un aspecto de viva actualidad.
La
irrupción de Dios en la Virgen tiene todas las características de la llamada
profética. Dios
desarraiga, a lo largo de la historia, a las personas y a las familias de su existencia
ordinaria
para hacerlas protagonistas de la historia de la salvación. No hay para ellos otra
seguridad
que la palabra de Dios; no hay otro apoyo que el de su fidelidad. El futuro está
totalmente
cargado de misterio; exige una constante respuesta de fe. María no pudo prever lo
que
contenía el misterio de la anunciación; se encontró en las condiciones de virgen-
madre (Mt
1,18-19); no comprendió ciertas actitudes y palabras del Hijo (Lc 2,48-50); también
ella tuvo
que avanzar por el camino de la fe y conservó fielmente su unión con el Hijo hasta
la muerte
(cf LG 58).

En contra de cierta hagiografía y de cierta iconografía devocional, la anunciación y
los
años que la siguieron fueron el éxodo de la hija de Sión, la experiencia de la
pobreza sin
proyectos, la llamada a vivir la radicalidad de Dios. La familia de Nazaret no es
sagrada por
estar inmersa en una luz y una atmósfera ultraterrena, sino porque es auténtica
profecía.

Desde el punto de vista homilético siguen siendo válidas las perspectivas de la
Marialis
cultus, que presenta la Anunciación del Señor como "fiesta conjunta de Cristo y
de la
Virgen". Por tanto hay que desarrollar fructuosamente las indicaciones de este
documento
en la línea cristológica, mariológica y, consiguientemente, eclesiológica y
antropológica.

"Con relación a Cristo, el oriente y el occidente, en las inagotables riquezas de
sus liturgias,
celebran dicha solemnidad como memoria del fiat salvador del Verbo encarnado,
que

entrando en el mundo dijo: He aquí que vengo (...) para hacer, oh Dios tu voluntad (cf Heb 10,7, Sal 39,8-'j)), como conmemoración del principio de la redención y de la indisoluble y esponsal unión de la naturaleza divina con la humana en la única persona del Verbo. Por otra parte, con relación a María, como fiesta de la nueva Eva, virgen fiel y obediente, que con su fiat generoso (cf Lc 1,38) se convirtió por obra del Espíritu en madre de Dios y también en verdadera madre de los vivientes, y se convirtió también, al acoger en su seno al único Mediador (cf ITim 2,5), en verdadera arca de la alianza y verdadero templo de Dios; como memoria de un momento culminante del diálogo de salvación entre Dios y el hombre, y conmemoración del libre consentimiento de la Virgen y de su concurso al plan de la redención" (MC 6).

(·MORI-E-G. _DICC-DE-MARIOLOGIA. Págs. 151 s.)